

—¡Brutalidad romántica! ¡Esto ya lo vimos en la *Dama de las Camelias!*

El otro le atajó impaciente:

—Bien, Ega, no hablemos más de ello. ¿Tú comes en casa, verdad? Bueno, adiós.

Salió, y Ega, levantándose lentamente del sofá, dijo:

—Castro Gomes ha ido allí.

Carlos se volvió con los ojos llameantes.

—¿A los Olivares? ¿A hablar con ella?

Sí, por lo menos mandó el coche á la quinta de Craft. Ega, para conocer al señor Castro Gomes, había ido á ponerse de guardia en la portería y allí oyó al brasileño dar la orden al cochero. Sí, era uno de aquellos *rastaquouères* que en París todos toleran y van al café de la Paz á tomar, á las dos de la tarde, su grosella, tiesos y embrutecidos.

Carlos parecía aniquilado:

—Todo esto da asco. Tal vez acaben por entenderse ambos. Estoy como decías tú hace tiempo: “¡Me ha caído el alma en una letrina y necesito un baño por dentro!”

Ega murmuró con melancolía:

—¡Esa necesidad de baños morales es cada vez más frecuente! Debía haber en las ciudades un establecimiento á propósito.

Carlos en su cuarto paseaba por delante de una mesa en que en un papel blanco había escrito estas palabras: *Señora mía*, con letra que procuró hacer firme, y no hallaba otra palabra. Estaba decidido á enviarle un cheque de doscientas libras, paga es-

pléndidamente ultrajante de las semanas que pasara en su lecho. Pero quería trazar dos líneas frías que la hiriesen más que el dinero; y no encontraba sino frases coléricas que revelaban un gran amor.

Miraba la hoja blanca, y la vulgar expresión de *Señora mía* le producía una sensación desgarradora, pensando que la víspera decía aún *adorada mía*. Imaginaba que aquella mujer, aun no llamándose Mac-Gren era perfecta y que sentía por ella una pasión indomable que le tenía vencido. Su amor por aquella María Eduarda, noble y amante que se transformara en la Mac-Gren, ligera de cascos y falsa, era mucho mayor que antes, desesperado por ser irrealizable. ¡Oh, si pudiese resurgir otra vez limpia y clara del lodo en que cayera otra María Eduarda con su casto bordado!... ¡Qué amor tan delicado sentiría por ella! ¡Qué veneración tan grande le consagraría, para suplir el respeto que el mundo le negase! Tenía la belleza, la gracia, la inteligencia, la alegría, la maternidad, la bondad, un incomparable gusto... Y con todas aquellas cualidades, cariñosas y fuertes á un tiempo, era tan sólo una querida.

Pero ¿por qué? ¡Porque consintió aquel largo fraude, tramado día por día, mintiendo en todo, desde el pudor que fingía hasta el nombre que usaba!

Si ella mentía con aquellos claros ojos, ¿dónde estaba la verdad? ¡El universo entero no era más que una inmensa traición muda! ¡Se ponía un puñado de rosas en un búcaro y exhalaban hedor insoportable al pudrirsel! ¡Se tendía sobre un fresco césped y aparecían las babosas! ¿Por qué mintió ella? ¡Si el primer día en que le vió rendido y trémulo contemplar su bordado como se contempla una acción de santidad, le hubiese dicho que no era esposa sino querida de Castro Gomes, habría sido su pasión menos fuerte! ¡No era la bendición de un cura lo que daba be-

lleza á su cuerpo y valor á sus caricias!... ¿Para qué aquella mentira tenebrosa y descarada que le hacía suponer que eran embustes sus besos, imposturas sus mismas caricias? ¡Y por aquella mujer, tarifada por horas como los coches de alquiler, se prestaba él á amargar la vejez del abuelo, estragar irremediablemente su destino, cortar su libre acción de hombre!

Pero ¿por qué? ¿A cuenta de qué aquella farsa vulgar, aquel hablar honesto, su puro perfil, su cariño de madre?

¿Por interés? No. Castro Gomes era más rico que él y podía satisfacer sus gustos de elegancia y de lujo. ¿Adivinaba tal vez que Castro Gomes estaba cansado de ella é iba á abandonarla y quería tener á su lado otro hombre rico? Entonces lo más sencillo hubiera sido decir: "Soy libre, me gustas; tómame libremente, tal como me entrego...". ¡No, había en todo aquello algo secreto, tortuoso, impenetrable! ¡Cuánto daría por conocerlo!

Entonces, poco á poco, sintió en él el deseo de ir á los Olivares. No le bastaba enviarle dinero de un modo insolente; lo que necesitaba era arrancar del fondo de aquella alma torva el secreto de aquella torpe farsa. Sólo aquello calmaría su incomparable tormento...

Quería saber cuál era la razón de aquella mentira tan laboriosa y vana. Quería preguntarle serenamente: "¿Por qué, señora mía, urdió usted embuste tan tremendo?", Después quería verla llorar... ¡Las agonías que él sintiera deseaba verlas repercutir en aquel seno, donde hasta entonces durmiera dulcemente y que era bello, divinamente bello!...

Bruscamente, decidido, tiró de la campanilla. Apareció Bautista.

—Bautista, corre al Hotel Central y pregunta si

está allí el señor Castro Gomes. No, oye. Ponte á la puerta y espera que entre ese señor que salió de aquí... ¡No, es mejor preguntar!... Haz lo que quieras; pero necesito saber que ese señor está en el Hotel. ¡Apenas estés cierto, ven acá y que enganchen!

Inmediatamente de dada esta orden se serenó. Era un alivio inmenso no tener que escribir la carta. Después extendió un cheque de 200 libras al portador. Lo dejaría sobre la mesa dirigido á la señora Mac-Gren. De repente sintió gran compasión por ella y sus propios ojos se humedecieron.

En aquel momento Ega preguntó si era importuno.

—Entra—dijo.

Y continuó paseando, callado, con las manos en los bolsillos.

—Es preciso escribir al abuelo y decirle que llegué.

—Dale recuerdos míos.

Carlos se sentó, tomó perezosamente la pluma, pero de pronto se detuvo y cerró los ojos como abrumado.

—¿Sabes lo que me parece?—dijo de repente Ega. —¡Quien escribió la carta á Castro Gomes fué Dámaso!

Carlos le miró.

—¿Te parece? Sí, tal vez. En efecto, ¿quién había de ser?

—El y nadie más, chico. Fué Dámaso. ¡Fué Dámaso!

Carlos recordó entonces lo que le contara Taveira, las alusiones misteriosas de Dámaso á un escándalo que se preparaba, á una bala que debía recibir en la cabeza. Dámaso daba por cierta la llegada del brasileño y un duelo después.

—¡Es necesario descalabrar á ese infame!—excla-

mó Ega, súbitamente furioso.—No hay seguridad ni paz para nosotros mientras viva ese bandido!

Carlos no contestó. Y el otro proseguía trastornado, pálido, dejando desbordar el odio acumulado.

—Yo no le mato porque no tengo pretexto. Si lo tuviese, era mío, le bebía la sangre. Pero tú debes hacer algo; esto no puede quedar así. Es necesario que haya sangre! Tenemos nuestra paz y nuestra felicidad, á merced del señor Dámaso. ¡No puede ser! Yo siento no tener un pretexto. Pero tú lo tienes. ¡Aprovéchalo! ¡Deslómalo!

Carlos se encogió de hombros.

—Merecía una mano de palos; pero como la única rabia que me tiene es por causa de esa señora y esto ha acabado, dejémosle. *Pace sepultis...* En fin, él tenía razón cuando decía que era una intrigante...

Dió un puñetazo en la mesa, se levantó, y dijo con amarga sonrisa:

—El señor don Dámaso Salcedo tenía razón.

Se reavivó toda su cólera al pensar en aquello. Miró el reloj. Quería verla, quería injuriarla.

—¿Escribiste? preguntó Ega.

—No, voy yo mismo.

Ega pareció espantado. Después volvió á pasear, con los ojos fijos en la alfombra.

Obscurecía cuando volvió Bautista Castro Gomes estaba en el hotel; el coche esperaba abajo.

—Bien, adiós—dijo Carlos buscando un par de guantes.

—¿No comes?

—No. Al cabo de poco rato corría por la carretera de los Olivares. Estaba inquieto, vacilante; no sabía siquiera cómo tratarla cuando la viera. Al mismo tiempo sentía por ella una compasión infinita. La veía pálida y llorosa en su presencia. Durante un

momento pensó en retroceder. Sería mucho más digno escribirle dos líneas altivas, alejándose de ella seca y dignamente. A pesar de ser embustera era mujer, y quizá le hubiera amado con desinterés. Debía escribirle que así como estaba dispuesto á dar su vida por la mujer que se le entregara por *pasión*, no menos decidido estaba á prescindir de la que se le entregara por *profesión*. Era lo más sencillo y terminante. Así se evitaba el tormento de las lágrimas y de las explicaciones. Sintió entonces una flaqueza, quiso reflexionar, pero el trote largo de los caballos, hiriendo el obscuro camino, turbaba sus meditaciones. A medida que reconocía esfumados en la sombra aquellos sitios donde tantas veces pasara con el corazón alborozado, sentía una nueva cólera, menos contra María Eduarda, que contra aquella mentira que inventó y que destruía el encanto divino de su vida. *Aquella mentira* era lo que ahora odiaba; la veía como una cosa material y tangible, de un peso enorme, fea y de color de hierro, destrozándole el corazón. Si no fuera por *esa cosa* pequeña é inolvidable que había entre los dos, como un indestructible bloque de granito, le podría abrir nuevamente sus brazos, sino con la misma fe, con igual ardor. Esposa ó amante de otro, ¿qué importaba? Pero había la *mentira*, la *mentira inicial* dicha el primer día en que fué á la calle de San Francisco y que como un fermento podrido estragaba todo, conversaciones, silencios, paseos, murmullos de besos, muriendo entre cortinajes de color de oro... Todo manchado, todo contaminado por aquella *mentira* primera que ella dijera sonriendo con sus tranquilos ojos limpidos.

Se ahogaba. Iba á bajar el cristal, cuando el coche se detuvo de repente en el camino solitario.

Abrió la portezuela. Una mujer con un chal en la cabeza hablaba al cochero.

—¡Melanie!

—¡Ah, *monsieur!*

Carlos saltó precipitadamente y gritó al cochero que le aguardara en la puerta de la quinta. Entró. ¿Qué hacía allí Melanie? Parecía trastornada. Contó que la señora quería ir á Lisboa al Ramillete y que llamó al cochero, creyendo que iba de vacío.

¡Ah, qué felicidad, qué felicidad que él hubiese venido! La señora estaba afligida y no había comido siquiera. El señor Castro Gomes apareció impensadamente. La señora, pobrecita, quería morir.

Entonces Carlos interrogó á Melanie. Cuando vino el otro, ¿qué dijo? ¿Cómo se despidió? Melanie no oyó nada. El señor Gomes y la señora, habían conversado solos en el pabellón japonés. A la salida el señor Gomes se despidió de la señora, muy sosegado, muy amable, riendo, hablando de *Niniche*. La señora parecía como muerta. Cuando marchó el señor Gomes le dió un desmayo.

Estaban junto á la puerta de la *Casita*. Antes de entrar preguntó más á Melanie. ¿Sabía la señora que Castro Gomes hubiese ido al Ramillete?

Claro que lo sabía, por eso lloraba — decía Melanie. — Ah, muchas veces repitiera ella á la señora que era mejor contar la verdad. Era muy amiga de ella, la servía desde niña y había visto nacer á Rosa.

Carlos inclinaba la cabeza y pensaba que María y la camarera habían discutido ambas un embuste en que andaba revuelta su vida. Aquellas revelaciones de Melanie, derribaban los últimos pedazos de aquel sueño que levantara tan alto, entre nubes de oro. Nada quedaba. Todo se había convertido en podredumbre y lodo.

Durante un momento, con el corazón lleno de an-

gustia, pensó en volver á Lisboa. Pero detrás de aquel negro muro estaba *ella*, deshecha en llanto, queriendo morirse... Y lentamente echó á andar de nuevo hacia la puerta.

Ahora sin resistencias ya del orgullo, hacía preguntas más íntimas á Melanie. ¿Por qué María Eduarda no le dijera la verdad?

Melanie se encogía de hombros. ¡No lo sabía: ni la señora lo sabía! Estuvo en el Hotel Central como la señora Gomes; alquiló la casa de la calle de San Francisco como la señora Gomes; recibióle á él como la señora Gomes, y así, insensiblemente, conversando con él, gustando de él, vino á los Olivares y después era tarde, ya no se atrevió á confesar, enterrada en la *mentira*, por temor á un disgusto.

Carlos preguntó cómo no pensara que algún día se tenía que descubrir todo.

—No lo sé, señor, no lo sé—murmuró Melanie.

Después le asaltaron nuevas curiosidades. ¿No esperaba á Castro Gomes? ¿No suponía que volvería? ¿No acostumbraba á hablar de él?

—No, señor, no.

La señora, desde que Carlos empezó á ir á la calle de San Francisco, se consideró desligada del señor Castro Gomes, ni hablaba de él, ni quería que se hablase... Antes, la niña llamaba siempre al señor Castro Gomes *petit ami*. Ahora no le llamaba nada. Ya le habían dicho que no había *petit ami*...

—Pero le escribía—decía Carlos—yo sé que le escribía.

Melanie dijo que sí, pero cartas indiferentes. La señora llevaba su escrúpulo hasta el punto de guardar intactas las sumas de dinero que le enviaba el señor Castro Gomes. Aquella tarde se las había dado. ¿No recordaba haberle encontrado una mañana á la puerta del Monte Pío? Pues bien, había ido á

empeñar una pulsera de brillantes de la señora. Ahora vivían de sus joyas. Ya tenía muchas otras empeñadas.

Carlos se detuvo conmovido. Entonces, ¿por qué mintió?

—No sé, dijo Melanie —no sé. *Mais lle vous aime bien, allez.*

Estaban junto á la puerta. El coche esperaba. Carlos creyó ver la figura de María Eduarda, envuelta en una capa oscura y puesto ya el sombrero.

—Ve á decirle que estoy aquí, Melanie, ve—murmuró Carlos.

La muchacha corrió y él subió los tres escalones de aquella casa que ya le parecía extraña. Dentro, el corredor estaba desierto, con su lámpara morisca que alumbraba la panoplia de toros. Allí esperó. Melanie, con el chal en la mano, venía á decirle que la señora estaba en la sala de los tapices.

Carlos entró. Allí estaba, cubierta aun con la capa, de pie, pálida, con toda el alma concentrada en los ojos, que refulgían con las lágrimas. Corrió hacia él, cogióle las manos sin poder hablar, sollozando, temblorosa.

En su terrible perturbación, Carlos sólo hallaba una palabra melancólicamente estúpida.

—No sé por qué llora, no sé. No hay razón para llorar...

Ella pudo por fin balbucir:

—¡Escúchame por el amor de Dios! No digas nada, deja que te explique... Iba á verte... Nunca tuve valor para decírtelo. Hice mal. Fué horrible... ¡Pero, escucha, no digas nada, perdona, que yo no tengo la culpa!

De nuevo los sollozos la sofocaron y cayó en el sofá con llanto brusco y nervioso que la sacudía

toda, que hacía rodar por sus hombros el cabello mal atado.

Carlos se quedó ante ella inmóvil. Su corazón parecía detenido á fuerza de sorpresa y duda. Ahora comprendía cuán brutal hubiese sido dejarle allí la cartera... Ella levantó el rostro enojado y murmuró con grande esfuerzo:

— ¡Escúchame! No sé cómo te he de decir... ¡Son tantas cosas, tantas cosas!.. Ahora no te vas, siéntate, escucha.

Carlos acercó una silla lentamente.

—No, aquí, cerca de mí, así tendré más valor. ¡Por tu vida, ten compasión, haz lo que te ruego!

Carlos cedió á aquella súplica humilde y enternecedora. Sentóse al otro extremo del sofá, apartado de ella, y entonces muy bajo, en voz enronquecida por el llanto, como si se confesara, María empezó á hablar vacilando, balbuceando entre pudores amargos que le hacían bajar la frente ó ponerla entre las manos.

¡La culpa no fué de ella! ¡No fué de ella! El debiera haberlo preguntado á aquel hombre que sabía toda su vida... Fué su madre. . Era horroroso decirlo, pero fué por culpa de ella, que conoció y huyó con el primer hombre, con un irlandés... Había vivido con él cuatro años como su esposa, tan fiel, tan retirada que él había prometido casarse. Pero murió en la guerra con Alemania, en la batalla de Saint-Privat. Y ella quedara con Rosa, con su madre ya enferma, sin recursos... Al principio trabajó.. En Londres había buscado lecciones de piano... Todo faltó. Durante dos días no tuvo fuego en la chimenea y se alimentó de pesca salada, viendo como Rosa tenía hambre! ¡Ah, él no podía saber lo que era esto! Casi por caridad las habían repatriado

para París. Allí conoció á Castro Gomes. Era horrible, pero, ¿qué podía hacer? Estaba perdida...

Lentamente se escurrió del sofá, cayó á los pies de Carlos. Y él permanecía mudo, inmóvil, con el corazón desgarrado por diferentes angustias: una de misericordia por todas aquellas penalidades sufridas; otra se la producía aquel irlandés, que acababa de mancharla.

Ella continuaba hablando de Castro Gomes. Vivió tres años con él, honradamente, sin un desvío, sin un pensamiento malo. Su deseo era estar quieta en su casa.

Carlos no podía oír más. Retiró las manos; quería marchar...

—¡Oh, no! ¡no te marches ahora!—gritó ella.—¡Sé que nada merezco! Soy una desgraciada... ¡Pero no tuve valor, amor mío! Tú eres hombre y no comprendes estas cosas. ¡Mírame! ¿Por qué no me miras? ¡Un instante solo!... ¡Ten lástima de mí!

No, no quería mirarla. Temía aquellos ojos llenos de lágrimas. Al sentir el calor de su pecho que tocaba sus rodillas, ya todo vacilaba en él, orgullo, dignidad, valor... Y sin darse cuenta, á su pesar, sus manos apretaron las de ella... Entonces le cubrió de besos las manos, las muñecas...

—¡Oh, dime que me perdonas! ¡Eres tan bueno! Una palabra... una sola... Dime que no me odias y después vete... ¡Pero mírame, mírame como antes, una sola vez!...

Ahora eran sus labios los que buscaban los suyos. La flaqueza en que sentía hundirse todo su sér, llenó á Carlos de cólera, y sacudiéndola furioso, gritó:

—Pero, ¿por qué nada dijiste? ¿Por qué tan larga mentira? ¡Del mismo modo te amará! ¿Por qué mentiste tú?

La dejó postrada en el suelo. Y de pie, dejando caer sobre ella su queja desesperada:

—¡Es tu mentira lo que nos separa, tu horrible mentira, tu mentira solamente!

Ella se levantó poco á poco, pálida y trastornada.

—Yo quería decírtelo,—murmuró muy bajo;—quería decírtelo... ¿No te acuerdas de aquel día que viniste tarde, cuando te hablé del campo, cuando por primera vez me dijiste que te gustaba? Yo te dije: "Antes, quiero decirte una cosa..." No me dejaste acabar; imaginabas que yo quería ser toda tuya, lejos de todo... Y dijiste entonces que iríamos con Rosa á un rincón ignorado... ¿No te acuerdas?... Entonces fué cuando me asaltó la tentación. Pensé no decirte nada, dejarme llevar, y después, al cabo de años, cuando vieses que era buena y fiel y cariñosa, decírtelo todo... Hablaste de huir, de otra vida... Y me daba miedo hacer la tremenda confesión... Fué una tentación... Y luego, era horrible, cuando tanto me querías, decirte: "¡No hagas eso por mí; soy una desgraciada... ni marido tengo!...", ¿Qué más te he de decir? No me resignaba á perder tu respeto... ¡Hice mal! ¡Muy mal! ¡Y ahora todo acabó; estoy perdida, abandonada!

Y volvió á caer al suelo, como una desdichada vencida, aniquilada. Carlos sólo repetía: *la mentira, la mentira* pertinaz y diaria... Sólo le respondían los sollozos de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste después, cuando viste que eras toda mi vida?...

Levantó la cabeza, fatigada.

—¿Qué quieres? Temí que tu amor cambiase, que fuese de otro modo... Ya te veía tratarme sin respeto. Te veía entrar con el sombrero puesto... querer pagar los gastos de la casa... Tenía remordimientos. Decía: "hoy no... un día más de felicidad... ma-

fiara me atreveré. "¡En fin, así ha sido; es horroso!

Hubo un silencio. *Niniche* quería entrar. Abrió. Lamió las manos de María y miró con desconfianza á Carlos, que volvía á pasear airado.

Un ¡ay! más lastimoso de María le hizo detener. Tuvo lástima de aquel dolor humilde... Murmuró:

—Aunque te pudiese perdonar, ¿cómo podría creerte nunca más? ¡Esta mentira horrible nos separa! No disfrutaria un instante de paz.

— ¡Nunca te mentí sino en una cosa y por amor de ti —dijo gravemente María.

— ¡No; mentiste en todo! Todo era falso, tu casamiento, tu nombre, tu vida toda... nunca más podría creerte. Cómo había de ser si ahora mismo no creo en tus lágrimas.

La indignación hizo que se irguiera espléndida y soberbia. Sus ojos, secos de repente, fulguraron coléricos, en la marmórea palidez de su rostro.

—¿Qué quieres decir? ¿Que estas lágrimas tienen otro motivo, que estas súplicas son fingidas? ¿Que hago todo lo que puedo por retenerte, para no perderte, para tener otro hombre ahora que estoy abandonada?...

El contestó:

— ¡No, no es eso, no!

— ¿Y yo? — exclamó ella, acercándosele, dominándole, magnífica y con un esplendor de verdad en la faz.—¿Y yo? ¿Por qué he de creer en la gran pasión que me jurabas? ¿Qué es lo que amabas en mí? ¡Dilo! ¿Era la mujer de otro, el nombre, el escándalo del adulterio, la elegancia? O era yo misma, mi cuerpo, mi alma y mi amor por ti. Yo soy la misma. ¡Mirame bien!... Estos brazos son los mismos, este pecho es el mismo... ¡Sólo una cosa es distinta! Mi

pasión. ¡Esta es mayor, desgraciadamente, infinitamente mayor!

— ¡Oh, si esto fuese verdad! — exclamó Carlos juntando las manos.

En un instante María hubo caído á sus pies, abrazándole las rodillas.

— ¡Te lo juro por el alma de mi hija, por el alma de Rosa! ¡Te amo, te adoró locamente, absurdamente, hasta la muerte!

Carlos temblaba. Todo su sér iba hacia ella y era irresistible el impulso de dejarse caer sobre aquel seno que jadeaba á sus pies, aunque fuese el abismo de su vida entera... Pero otra vez la idea de la *mentira*, pasó helada. Y apartóse de ella llevando los puños á la cabeza con desesperación, rebelado contra aquella pequeñez indestructible que se oponía, como una barra de hierro, entre él y su felicidad divina.

Ella permanecía arrodillada, inmóvil, con los ojos fijos en la alfombra. Después, su voz sonó doliente y trémula.

— ¡Tienes razón, acabóse! ¡No me crees, todo se acabó! Es mejor que te vayas ahora... Nadie más creerá... Todo acabó para mí. No tengo á nadie en el mundo... Mañana salgo de aquí... Te lo dejo todo... ¡Ya que me he de ir después, me voy ahora!

No pudo más, cayó al suelo con los brazos extendidos, llorando desconsoladamente.

Carlos se volvió, herido en el corazón. Con su vestido obscuro, caída y abandonada, parecía ya una pobre criatura echada de todo hogar, solita en un rincón entre las inclemencias del mundo... Entonces, respetos humanos, orgullo, dignidad doméstica, todo fué arrebatado por un gran soplo de piedad. Vió sólo, ofuscando todas las fragilidades, su belleza, su dolor, su alma cariñosa y amante. Un

delirio generoso de invencible bondad se mezcló á su pasión. E inclinándose, le dijo en voz baja, con los brazos abiertos:

—María, ¿quieres casarte conmigo?

Levantó la cabeza, sin comprender, con la vista extraviada. Pero Carlos tenía los brazos abiertos y esperaba para estrecharla dentro de ellos, como suya y para siempre. Entonces se levantó tropezando con el vestido y fué á caer sobre el pecho de él, cubriéndole de besos, entre sollozos y risas, enloquecida, deslumbrada:

—¿Casarme contigo, contigo?... Oh, Carlos... ¿Y vivir siempre, siempre contigo?... Oh, amor mío, amor mío. ¿Y estar siempre contigo, y servirte, y adorarte y ser sólo tuya? Y la pobre Rosa también... ¡No, no te cases conmigo, no es posible, no valgo nada! Pero si tú quieres, ¿por qué no?... ¡Irnos lejos, teniéndonos á Rosa y á mí sobre tu corazón! Y has de ser nuestro amigo, mío y de ella, que no tenemos á nadie en el mundo... ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Palideció, resbalando pesadamente entre los brazos de él, desmayada. Sus largos cabellos, desprendidos, rozaban el suelo, inundados por la luz de tonos de oro.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

33334

N  
E 77m

PQ9261

.E3

M358

v.2

FL

115417

AUTOR

ECA DE QUEIROZ, José Ma. de

TITULO

Los maías.

O



